

sa en el marco de una teología y de una antropología personalistas. Invita a detenerse y «observar la fidelidad normal y cotidiana de los pacíficos, de los humildes y sencillos, de los vecinos y colegas (p. 23)». Su comportamiento fiel expresa no pocas veces la unidad e identidad de una persona madura, en la que lo interior y lo exterior, lo libre y lo necesario tienden a convertirse en una misma cosa. Pero la fidelidad nunca es servilismo; se debe a lo que es legítimo, y no ha de prestarse necesariamente a lo que es simplemente legal. «Cualquier ámbito social posee severos códigos de comportamiento, que alcanzan los detalles más nimios, exigen una observancia estricta, y cuentan con auténticos “maestros de ceremonia” que velan por el cumplimiento escrupuloso de la normativa establecida, a pesar de su banalidad (p. 50)».

La verdadera fidelidad es completamente compatible con la originalidad, porque significa crecer para adentro, evitar la rutina, desarrollar la inventiva, soportar obstáculos y contrariedades, superar la derrota y la traición, el sufrimiento y las lágrimas, y descubrir continuamente nuevos horizontes. «La fidelidad no es nunca inmovilismo, como el mar no es inmóvil, sino creativo, en su radical permanencia (p. 17)».

Los lazos de la fidelidad contienen algo sobrehumano y apuntan, en medio de nuestras circunstancias pasajeras, a valores absolutos. La meditación espiritual de J. Morales se nutre por entero de una convicción creyente que recorre todo el Evangelio de Jesús: Dios nos es fiel, sin límites ni condiciones (p. 105). Este hecho suscita y mantiene nuestra correspondencia generosa. La verdadera fidelidad nace de arriba y es, en último término, un don divino (p. 109). Por esto es la oración —«y sólo la oración

(p. 203)»— la que actualiza las posibilidades de ser fiel, escondidas en el fondo del alma humana.

Con su gran conocimiento de la cultura actual, el autor nos conduce, paso a paso, a comprender «el arte de la fidelidad» (pp. 215-242). Desarrolla la compleja realidad de un modo sencillo y atractivo, dejando claro que una persona fiel sabe dar sentido al conjunto de su vida y se halla siempre en movimiento hacia la meta final. En suma, se trata de un libro de extraordinaria importancia para los hombres y mujeres de hoy.

Jutta Burggraf

Richard SCHAEFFLER, *Le langage de la prière. Essai d'analyse philosophique*, Ed. du Cerf, Paris 2003, 148 pp., 13 x 22, ISBN 2-204-07116-1.

Richard Schaeffler profesor —ya emérito— en la Universidad de Bochum publicó en 1988 un ensayo sobre la oración, que ahora se publica en versión francesa (la traducción, muy cuidada, ha corrido a cargo de C. Vasseur), con un amplio e interesante prólogo (12 páginas) de Robert Le Gall, obispo de Mende, que con un hondo interés por la liturgia, reforzado por su condición de monje benedictino, entra también en la cuestión planteada.

El punto de partida de las consideraciones de Schaeffler puede calificarse de pastoral: la aplicación de la reforma litúrgica y las dificultades encontradas en algunos ambientes para dar vida a oraciones —más concretamente, a peticiones o plegarias— dotadas a la vez de belleza literaria y de fuerza espiritual. ¿No puede ocurrir que esa dificultad provenga de no tener una comprensión acabada de lo que implica la plegaria y de sus presupuestos?

Si esa fuera la realidad, un filósofo del lenguaje —ésta es la especialización de Schaeffler— puede aspirar a aportar una contribución, precisamente por la vía de una reflexión sobre el lenguaje de la oración y sus peculiaridades. Parte a ese efecto de los estudios de Austin y Cohen, y más específicamente de las observaciones que llevaron a ambos autores a dar vida a una teoría de los «actos de lenguaje» que pone de manifiesto que, junto a la función declarativa o informativa, el lenguaje desarrolla otras muchas funciones. La cuestión de la pragmática del lenguaje pasaba en consecuencia a primer plano.

Aplicando los resultados de esas investigaciones al estudio de la plegaria, Schaeffler fija su atención en un punto: la *acclamatio nominis*, la invocación del nombre de Dios y, en general, del nombre del interlocutor al que alguien se dirige. Pronunciar un nombre, dirigirse a alguien pronunciando su nombre, es, sin duda, un acto de designación, pero también mucho más: presupone una historia común, que ese nombre evoca y en virtud de la cual se inicia la conversación. La plegaria implica, en suma, la conciencia de que la historia de las acciones divinas y la personal historia del que reza no son realidades heterogéneas, sino aspectos de una historia vivida en común. De ahí que la «acclamatio nominis» se continúe, en el análisis de Schaeffler, con el estudio del paso, espontáneo en la plegaria, desde la invocación del hombre a la enunciación de secuencias narrativas —sean bíblicas, sean personales y vividas—, que la desarrollan y la completan.

El presupuesto de la oración es, en suma, la convicción hondamente sentida de la realidad de Dios y de su intervención en la historia, de manera que Dios se presenta como Aquél a quien se

puede acudir sabiendo que conserva la memoria de toda historia, también de la historia personal, y que, en consecuencia, la autentifica y, en su caso —si el sujeto ha caído en ilusiones y engaños—, la reconduce a verdad. Si ese presupuesto falta, la oración se hace imposible. Si está presente, brotará con fuerza y con naturalidad.

Tal es el núcleo del mensaje de Schaeffler o, por mejor decir, de la aportación que, partiendo de la filosofía del lenguaje, aspira a realizar para contribuir a la vitalidad, hoy y ahora, de la oración cristiana.

José Luis Illanes

Stefania TASSOTTI, *La consacrazione religiosa. Dal Concilio Vaticano II all'Esortazione Apostolica «Vita Consecrata»*, Edizioni OCD («Tesi di approfondimento»), Roma 2003, 251 pp., 13 x 19, ISBN 88-7229-179-8.

La autora parte de la convicción de que la categoría de la «consagración» es clave para la identificación teológica de la vida religiosa o consagrada. A la luz del Magisterio conciliar, hasta la reciente exh. apost. *Vita Consecrata*, constituye el punto de referencia constante del magisterio sobre la vida de los religiosos.

Es esta afirmación la que demuestra fehacientemente en la primera parte de su indagación, dedicada a la lectura detenida y analítica de los documentos pertinentes. Tras esta constatación, la autora pasa revista a las diversas «teologías» de la vida religiosa desde el Concilio. De este examen concluye la existencia de una gran corriente que interpreta la «consagración» como el camino adecuado que debe profundizarse; y otra corriente que considera la necesidad de